

y se manifiesta con la gloria de su Eterno Padre; y aquel Señor que fué visto pocos momentos antes aparecer como Hombre, resplandece entonces con la gloria exclusiva de Dios; los discípulos cayeron de rodillas sobre sus pies, cegados con la brillante luz que despedía el rostro y el cuerpo del Salvador; la hermosura visible de Jesucristo en aquel solemne acto era tanta que S. Pedro pidió con instancia quedarse para siempre de aquel modo con el Salvador, y el mismo Eterno Padre, con el gozo que le proporcionaba la vista bellísima de su Hijo, no pudo por menos de exclamar con voz sensible: «Éste es mi Hijo muy amado en quien yo he puesto mis complacencias todas».

Este misterioso cambio, empero, de la gloria exterior de Jesucristo no quedó en el Tabor; se extendió igualmente al Sacramento eucarístico. Es verdad que nuestros mortales ojos no pueden penetrar su finita visual en la gloria que circunda á Jesús Sacramentado; pero la fe nos asegura y el testimonio de muchos siervos de Dios acredita que el Salvador reside en el Sacramento, no propiamente como aparecía á los hombres en su peregrinación mortal, sino vestido con el ropaje de la Transfiguración, adornado con la gloria del Tabor; y si Dios N. S. levantara un poco á nuestras miradas los cendales eucarísticos, la luz que despediría la hermosura de Cristo Sacramentado sería tal que cegaría nuestra vista, y nosotros, á imitación de los dos favorecidos apóstoles, caeríamos sobre nuestras plantas, heridos con los vivísimos resplandores de la gloria divina.

Jesucristo aparece como Dios no sólo en el Tabor, sino también en su gloriosa Resurrección. Este consolador Misterio nos enseña que el Salvador, despojado de sus fuertes ligaduras, de la fealdad de sus grandes llagas y de la desnudez de su amoratado cuerpo; como el puro rayo de luz hiere el cristal y penetra íntegro por él sin romperlo, así Jesucristo hirió suavemente la pesada losa del sepulcro, y, abriéndose paso por entre ella, salió íntegro al exterior, y aún mejor que el rayo del sol, pues su divino Cuerpo apareció adornado con las dotes de gloria de que son objeto

los bienaventurados. ¡Qué bello se mostró el Vencedor de la muerte al despertar del alba, cuando la naturaleza se levanta vigorosa de su pesado letargo, al sonreír de las flores, al gorgear del pajarillo, al despedir el sol sus tibios resplandores! Las bellas claridades de la luna no podrán compararse con los niveos atavíos de que se adornara el Redentor; y esta Divina Humanidad de Jesucristo, al encogerse, por decirlo así, en la santa Hostia, ¿creéis por ventura que se desprendió de estas dotes de inmortal gloria? Creéis que adoptó de nuevo en el Sacramento la figura peregrina de su mortalidad? De ninguna manera. Jesucristo, dice el Apóstol, resucita para no más morir, y esa misma gloria de la que se rodeó en su misteriosa Resurrección es la misma que veda á nuestros castigados ojos observarlo en el Sacramento, donde, como expresé antes, se manifiesta con toda la hermosura del Tabor, y más que con esta hermosura, con la belleza inmortal de su Resurrección.

Empero todavía nos falta estudiar la hechicera belleza de Jesucristo Sacramentado, considerado como Dios, por el poderoso motivo de su Ascensión al empíreo. Persuadidos podemos estar que el Salvador en la Divina Eucaristía no subsiste solamente bello como en el Tabor, ni glorioso como al levantarse del sepulcro, sino inmortal como en su Ascensión á los cielos. Aquí es donde Jesús terminó la brillante carrera sobre este mundo; aquí acabó de coronarse del resplandor de la gloria del Padre, de esa gloria, de esa hermosura, eterna, inmensa, infinita. Jesucristo por su propia virtud se levanta del suelo para subir á la gloria, ceñido con todos los laureles de Conquistador, con los trofeos de Redentor y con la belleza del Ser divino; hiende los aires, penetra por las nubes, desaparece de nuestras diminutas pupilas para no verle más... pero ¿qué digo? si las lágrimas asomaron en este momento á nuestros ojos, bien podemos enjuagarlas, pues Jesucristo, si ha subido al cielo, se ha quedado también sacramentado en nuestra compañía, no de otra manera que como le vimos elevarse á las célicas regiones, tan bello, tan majestuoso, tan radiante de gloria y esplen-

dor. ¡Oh fe santa, que tales misterios nos haces admirar con una convicción profunda! Bendita eres, pues, desterrados en este mísero valle sembrado de espinas, creemos que ahí, tras los sutiles pabellones eucarísticos, se muestra Jesucristo, vivo, glorioso é inmortal como lo está á la diestra del Padre.

PARTE 2.^a

10. Acabamos de observar cual sea la hermosura de Jesucristo Sacramentado, considerado como Dios. En esta segunda parte es nuestro deber examinar esta misma hermosura que posee como Hombre. Sólo el arriano, el apolinar y el monotelita rechazaron las facultades racionales del Salvador; para estos repugnantes seres, el Verbo divino en su Encarnación no había tomado un alma semejante á la nuestra; mas el cristiano, que todavía no se ha separado de los caminos que le trazara la Verdad eterna, sabe que Jesucristo posee un alma racional, perfectísima. Admirar la belleza de esta alma es nuestra obligación; mas ¿quién podrá penetrar en las interioridades del Hombre Dios? Hable la fe, hablen los pasajes del Evangelio, y acordes nos dirán que Dios, para disponer un alma que fuera digna de su Verbo, tuvo necesidad de suspender el decreto fatal que fulminara en el paraíso contra nuestros primeros padres. El viejo Adán fué creado en rectitud; su alma era pura, santa, perfecta, aunque no impecable; ella se sobreponía majestuosa á las pasiones; tenía supremo dominio sobre todo el universo que la obedecía humilde y rendido; hablaba familiarmente con el divino Ser que la creara, y á su voz los mismos cortesanos angélicos bajaban del Edén para deleitarla. ¡Qué elevación de ideas, qué sublimidad de pensamientos, qué rectitud en el obrar! Mas este sencillo bosquejo del alma del viejo Adán no podía en manera alguna ser la norma del alma del Salvador que había de venir, porque esta alma debía por hipóstasis estar unida al Verbo divino, y el Verbo divino es infinitamente perfecto, infinitamente santo; por consiguiente, el racional espíritu que á dicho Verbo debiera

asociarse, á más de no estar contaminado con la sombra de la imperfección, como el del viejo Adán, debería gozar de particular prerrogativa que, aunque finita, tocase los límites de lo infinito, ya que sus operaciones habían de ser humano-divinas. El espíritu de Cristo, considerado como tal por la hipóstasis con el Verbo, es superior en categoría á la substancia espiritual de los serafines, categoría principal de la corte celeste. Ahondemos más en nuestras religiosas meditaciones y estudiemos las potencias del espíritu de Jesucristo. La hermosura de ellas es tal que la Esposa enamorada de los Cánticos, al contemplar las perfecciones de Jesucristo ha dicho que «todo en Él es deseable» (1).

11. En efecto: el entendimiento humano de Jesucristo es perfectísimo. Desde el primer instante de su pura concepción su alma gozó de la ciencia beatífica, según la cual ve y conoce clara y distintamente la Esencia divina, no como aquélla se ve á sí misma, según pretendía Agustín de Roma, (2) pues es incomprendible la divina Esencia, sino intuitivamente. El alma del Hombre Dios está siempre en comunicación íntima con toda la Trinidad Augusta, conoce los secretos de la divinidad (3), como también conoce detalladamente los presentes, los pasados, los futuros y los secretos de los corazones, aunque no conoce actualmente todos los posibles. Y ¿cómo no debía realizarse esto, siendo así que Jesucristo es cabeza de los ángeles y de los hombres y Señor de todos? El divino Verbo infundió en el alma á sí unida ciencia infusa: «en Jesucristo, dice el Apóstol, se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (4);» y á más de esta divina ciencia, adquirió el Salvador en el decurso de sus días otra ciencia que podíamos llamar humana, según el evangelista decía de Él que crecía en edad y sabiduría (5).

12. Al paso que el entendimiento de Jesucristo es per-

(1) Cant. V, 16.

(2) Conc. Basilea, sess. 22.

(3) Fulgen., ad quæst. 3 Ferrandi diaconi.

(4) Coloss. II, 3.

(5) Luc. II, 52.

fectísimo, también lo es su voluntad. He dicho antes que en el Hombre Dios hay dos operaciones, una divina y otra humana. Como tiene entendimiento divino-humano, así posee su voluntad. No digamos una palabra de la voluntad que en Él resplandece en cuanto Dios; de ella hemos consignado alguna cosa al hablar de las perfecciones divinas; rastreemos, sí, algo de su voluntad humana, de esa voluntad propia de su alma racional. ¡Ah! ¡qué bello es Jesucristo desde este punto de vista! Como Dios no quiere más que el bien; pero como hombre, á más de no querer otra cosa que el bien de los mortales, ha impedido por medio de su copiosa Redención el daño pérfido, la esclavitud ignominiosa, la muerte eterna de los escogidos; y aun ahora, por medio de sus relevantes é infinitos méritos, lo impide todas las veces que puede sin atajar el libre albedrío. ¡Cuánto nos ama Jesucristo! Sus trabajos, sus martirios, su muerte y sus obras hablan en favor de su voluntad; por lo cual aparecen aquí como por encanto nuevas regiones, desde las cuales descubrimos nuevos coloridos de la hermosura de Cristo Sacramentado. ¿Cuál es su voluntad humana sino la de amarnos, y como prueba de este amor se ha quedado con nosotros hasta la consumación de los siglos? ¡Católico, que esto oyes! ¿no sientes en tu alma un movimiento de expansión? ¿no descubres una ola de agradecimiento que, llegando hasta Jesucristo Sacramentado, le inunde con tus gratitudes por la buena voluntad que en la Hostia nos demuestra? La voluntad de Jesucristo es que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad y se salven; y con esto queda descornado todo el velo que exhibe la gracia y la belleza del Salvador.

Pero nos consta, además, que Jesucristo, considerado como hombre, no carece de memoria, ya que su alma es espíritu racional perfecto al que no puede faltar dicha potencia. ¡Ah! Jesucristo Sacramentado recuerda los ultrajes á Él inferidos, como asimismo los méritos alcanzados por los hombres; recuerda nuestras peticiones y las despacha favorablemente; recuerda nuestras amarguras y acude solícito en nuestro consuelo; recuerda que nos ha prometido

estar en nuestra compañía y no se olvida jamás de continuar asistiéndonos corporalmente. Memoria feliz, memoria perfecta, memoria típica del ser humano que nos patentiza la que podría éste tener si no hubiera prevaricado.

13. La hermosura, no obstante, del alma de Jesucristo se explica, asimismo, por las dotes de que estuvo sobreabundantemente adornada. Los dos capitales defectos del racional espíritu son la ignorancia y el pecado; pero así como en Jesucristo hubo ciencia perfectísima, también careció absolutamente de mancha. Por esta razón, el apóstol S. Pedro escribía: «Jesucristo no cometió pecado ni fué hallado engaño en su boca» (1). Ciertamente, el Cristo que debía venir á librar del pecado al hombre caído, el Cristo que debía ofrecer un sacrificio cruento por salvar á la humanidad doliente, el Cristo que debía ser el tipo y la cabeza de los elegidos, necesariamente debía estar exento de mancha. He aquí por qué el Salvador, aun considerado como Hombre, fué absolutamente impecable, y lo fué precisamente por la unión hipostática de la naturaleza humana con el divino Verbo. Ancho campo presenta este pensamiento solidísimo para una larga y profunda meditación cristiana. Jesucristo impecable por librar del pecado al hombre; Jesucristo impecable para ser su Salvador; Jesucristo impecable para ser su norma de vida. ¡Qué hermoso es Jesucristo! En el Sacramento del Altar es donde continúa prácticamente todos estos divinos ministerios: es Mediador, es Sacrificio, es Espejo del hombre. ¡Cuán puro se nos presenta, pues, el Salvador en la Santa Hostia, y cuánta verdad es que los fieles podríamos repetir con la Esposa de los Cánticos: «Mi amado es sobremanera cándido, sobremanera hermoso, sobremanera gracioso (2)»! Ni la blancura de la azucena, ni la fragancia del lirio pueden compararse, por vía de emblema, con la inmaculada pureza de Jesucristo Sacramentado.

14. Unida á su total impecabilidad, se halla su gracia. ¿Quién podrá medir la anchura, la profundidad, la inmensi-

(1) Epist. I, II, 22.

(2) Cant. I, V.

dad y la altura de la gracia inherente á Jesucristo? Aquí no desempeño yo otro papel que el de predicador de la fe, mostrándosla según ella misma se exhibe. En Jesucristo hay gracia de unión, por la cual la Humanidad del Salvador es santificada con perfección substancial, efecto de la Unión hipostática con el Verbo que le comunica el Ser divino. En Jesucristo hay gracia habitual, por la que el Santo Espíritu se derramó totalmente en el Salvador, comunicándole sus divinos carismas para hacerle santo con santidad mayor que la que poseyó ninguna pura criatura. En Jesucristo hay gracia actual, por la que Dios concurre eficazmente á hacer perfecto al Redentor. En Jesucristo, en una palabra, se hallan todas las gracias, ya que gozó de la gracia de la sabiduría y de la ciencia, de la fe y de la sanidad, de las virtudes y de la profecía, de la discreción de espíritus y de todo género de lenguas y de interpretación de palabras (1). Jesucristo, finalmente, posee todos los dones del Espíritu Santo, todas las virtudes, tanto infusas como adquiridas, y mereció en todas ellas, ya que su vida no fué más que un continuo acto meritorio que debía realizar, no por Él, sino por los hombres á quienes había venido á redimir.

15. En efecto: al hablar del mérito de Jesucristo sólo es para referirme al mérito de condigno, ó sea aquél que se debe al premio por exstricta justicia. Si consideramos desde este punto de vista los actos meritorios del Salvador, ¡qué ideas más sublimes no se agolpan á la imaginación, viendo ésta que la Humanidad Sacratísima de Jesús, por estar unida al Verbo, merecía en todos sus actos hasta en sus más remotos pensamientos desde el instante primero de su concepción bienaventurada! Y si es cierto que nuestro Señor después de su muerte no pudo merecer más, para asemejarse aún en esto á nosotros, empero también es cierto que los frutos de sus merecimientos divinos los almacenó, por decirlo así, en la Augusta Eucaristía, la cual, siendo perpe-

(1) I. Ad Cor., cap. 12.

tuamente inexhausta, tendrá siempre que proporcionarnos algunos de los relevantes méritos del Redentor: para sí mereció ciertamente Jesucristo la exaltación y gloria de su nombre; para los ángeles y los santos, ciertas ilustraciones y gozos eternos, aunque accidentales; y para nosotros, todos los dones de gracia y de gloria.

¿Qué podíamos consignar ahora acerca de su satisfacción, de esa satisfacción copiosa, sobreabundante é infinita, de la que dice el Apóstol que Jesucristo mereció no sólo por nuestros pecados si que también por los pecados de todo el mundo? (1) ¿Qué podíamos añadir acerca de los deseos con que satisfizo por los hombres? Díganlo, sí, díganlo los trofeos insignes de su inmortal victoria; dígalo la sed incesante que padecía por ser bautizado con un bautismo de sangre; (2) díganlo, en fin, los profetas que anunciaron estas divinas satisfacciones. Sin embargo; la satisfacción de Cristo, por ser infinita, está vinculada en los Santos Sacramentos, principalmente en el de la Eucaristía, á fin de aplicar los méritos y satisfacciones obtenidos en su Pasión; que no es, no, como algunos desdichados pudieron pensar, un Sacramento *ad honorem*, sino un misterio inefable donde, almacenadas las gracias y méritos del Salvador, se aplican largamente á los cristianos que voluntariamente las apetecen y reciben con entrañas de puro amor. El alma de Jesucristo, unida hipostáticamente al Verbo en el Santísimo Sacramento, es el espectáculo más conmovedor y sublime que darse puede. Miradla con los ojos claros de la fe conocer distintamente los secretos de Dios y los secretos de los hombres, amar intensamente á su Padre eterno y á sus hijos mortales, recordar con fruición los favores hechos á sí propio por la Divinidad y los que Él ha dispensado á los hombres. Miradla, y conoceréis cuán bella es su impecabilidad, cuán inmaculada su santidad, cuán inmensa su gracia, cuán grandes sus dones, cuán heroicas sus virtudes, cuán copiosos sus méritos,

(1) II. Cor., V.

(2) Luc. XII, 50.

cuán infinita su satisfacción. Volvedla á mirar, y reconoceréis en Ella la misma expresión de Dios con toda su grandeza, con toda su gloria. ¡Qué hermosa, qué mágica, qué hechicera es el alma de Jesucristo en el Santísimo Sacramento! Tanta belleza ¿no nos cautivará? ¿no nos aprisionará en sus ligeras redes?

16. Todavía, empero, no hemos concluído; réstanos estudiar la hermosura de su Divino Cuerpo. Substancia perfecta, tomada de la sangre de María y engendrada en su mismo virginal seno, el Cuerpo purísimo del Salvador no fué un cuerpo fantástico, como pretendía Marción, ni un cuerpo bajado del cielo, según opinaba Valentino, sino un cuerpo real semejante al nuestro, pero perfecto y bellísimo. Y á la verdad: el Ser que debía presentarse en el mundo como tipo y modelo de la humanidad debería ser perfecto aún en su forma exterior. Como su alma, así su cuerpo, sus palabras, sus gestos, sus ademanes; todo su porte convenía necesariamente que estuviese armonizado con la perfección. Además, si como enseña el sagrado Texto, Dios hizo al primer hombre recto, y esta rectitud no consistía únicamente en la rectitud del espíritu, sino también en la rectitud del cuerpo: ¿cómo N. Señor Jesucristo, segundo Adán que vino á restablecer al Adán primero, no debería ser perfectísimo en su compuesto? El cuerpo que encerraba un alma perfectísima no podía ser en manera alguna imperfecto. La concha que en su interior contenía perla tan preciosa, no debía tener fealdad alguna. La Madre Virgen, á quien el mismo Dios la llama toda pura, toda hermosa, única perfecta, sin mancha ni imperfección, y sobre la cual se derramaron á torrentes las gracias del Altísimo, no podía producir un Hijo impuro, deforme, imperfecto, sino que, tomando éste los rasgos característicos de su bella Genitora, necesariamente aparecer debía todo puro, todo hermoso, único perfecto, sin mancha ni imperfección alguna.

17. Ved ahí por qué la belleza del divino Salvador es anunciada por Salomón como el vapor de la virtud de Dios, la efusión purísima de la claridad del Omnipotente, el brillo

de la luz eterna, el espejo sin mancha de la majestad de Dios y la imagen de su bondad. Él es más hermoso que el sol (1), y la Esposa de los sagrados Cánticos describe á grandes rasgos su bella figura diciendo: «Mi amado es blanco y rubio, escogido entre millares. Su cabeza es oro finísimo y sus cabellos como renuevos de palmas; sus ojos como blancas palomas que flotan sobre las corrientes de las aguas, y sus mejillas como eras de aromas plantados por lindos perfumes. Sus labios, lirios que destilan la mirra más pura, y sus manos torneadas de oro, llenas de jacintos... Su garganta suavísima, y todo Él deseable (2). Añadamos á esta idílica descripción la que misteriosamente delinea S. Juan en su Apocalipsis: «Vi el cielo abierto, dice, y pareció un caballo blanco y el que sobre él sentado estaba era llamado Fiel y Veraz. Sus ojos eran como de llama de fuego, y orlaban su cabeza muchas coronas. Vestía una ropa teñida en sangre, y su nombre es llamado Verbo de Dios. La Jerusalén celeste que Él habita no necesita de claridad, no necesita de sol, porque su sol es el Cordero que con sus divinas claridades ilumina y embellece aquella ciudad de los santos» (3). Los evangelistas y las almas puras vienen á dar la última pincelada á este cuadro, y aquéllos aseguran que las facciones del Salvador, su porte, sus obras eran tan bellas y divinas que todas las gentes le seguían do quiera Él caminaba; (4) y las almas puras que le contemplaron repetidas veces en el Sacramento del amor y quedaron arrobadas á vista de su hermosísimo rostro, manifestaron que su belleza y su gloria eran tan inmensas que á no ser por especial milagro, la criatura agraciada con estos sobrenaturales espectáculos moriría á fuerza del placer que le causara la vista de Jesucristo. El mismo Dios, por boca del profeta coronado, anunció que Jesucristo es el más hermoso entre los hijos de los hombres, (5) afirmación que por ser divina es infalible y

(1) Sap. VII, 25, 26, 29.

(2) Cant. V.

(3) Apoc. XIX.

(4) Joan. XII, 29.

(5) Ps. XLIV.